

Rafael Altamira

Programa americanista español

ISIDRO SEPÚLVEDA MUÑOZ

Durante la última década del siglo XIX y primer tercio del XX se desarrolló en España un movimiento de acercamiento a las repúblicas americanas nacidas del antiguo imperio español. Este movimiento nunca llegó a articularse sólidamente por la variedad de tendencias y fines que poseía, lo que ocasionó las múltiples denominaciones por las que sus propios autores trataban de definirlo. Encontró pronto una respuesta positiva desde los círculos dirigentes e intelectuales americanos; respuesta comentada y fomentada en un diálogo entre ambas orillas del Atlántico que supuso un proceso de retroalimentación que llenó de contenido el movimiento hispano-americanista¹. Que de él no surgiera una política positiva y unos logros visibles (como lo había conseguido el pan-germanismo o la italianidad, ejemplos constantemente tenidos presentes, o el pan-americanismo, supuesto enemigo ideológico) tuvo mucho que ver, entre otras razones, con el escaso respaldo que la opinión pública le otorgó, más atenta a necesidades e intereses inmediatos, y a quien el diálogo entre las élites potenciadoras del acercamiento no supo atraer a su causa.

Entre los integrantes más destacados del movimiento hispano-americanista se encontró Rafael Altamira y Crevea; figura central que

¹ Sobre las denominaciones del movimiento estudiado, dadas las connotaciones ideológicas de su utilización posterior durante el franquismo, se han vertido juicios de imposible aceptación durante esta época. El «Hispano-americanismo» concedía igual importancia a ambas entidades; uniéndolas, como era su pretensión, en una conjunta comunidad socio-cultural. El término más aceptado en su época fue el de «americanismo», que aunque de equívoca utilización en el presente ha sido mantenido en el trabajo como sinónimo.

supo aunar con su pensamiento y obra las dos corrientes independientes —y en algunos casos abiertamente opuestas— en que se dividía el americanismo. Una estaba constituida por los «teóricos o culturalistas», quienes dotaron al movimiento de una base ideológica y programática de variable posibilidad de realización (llegando al extremo del puro arbitrio); la tendencia la formaron los potenciadores del «americanismo práctico», dirigido principalmente al establecimiento de tratados comerciales, intercambio de mercancías y edificación de una estructura de mercado hispano-americano; todo ello buscando unas «bases reales» sobre las que edificar una comunidad política —de variopinta y nebulosa identificación— de las repúblicas americanas y España. Altamira combatió esta separación, acusando los excesos de un pomposo lirismo o las críticas sardónicas de sus oponentes, no por ello más prácticos².

Entre el Altamira jurista y pedagogo, el historiador y pacifista activo, se encuentra el Altamira americanista, del que no aparece ninguna investigación en los más profundos estudios realizados de su obra, quedando en una mera recuperación de títulos e ideas generales³. Dentro del necesario proceso de recuperación del primitivo pensamiento americanista español, es imperante profundizar en la aportación que llevó a cabo en la doble dimensión del planteamiento programático y las realizaciones.

² «No son ellos los retóricos, si no quienes, llamándose "prácticos", no pasan de decir que "hay que hacer", estando en su mano el "llegar a hacer"». ALTAMIRA, R., *La política de España en América*. Valencia, Editorial Edeta, 1921, pág. V.

³ La más completa reflexión sobre las múltiples disciplinas que él abarcó se encuentra en ALBEROLA, Armando, (Edits.), *Estudios sobre Rafael Altamira*. Alicante, Instituto Juan Gil Albert, 1987. En esta reunión de las ponencias del simposio celebrado en dicha ciudad los días 24 al 27 de febrero de 1987, no se encuentra ninguna dedicada a estudiar su dimensión americanista. Sí es el centro de los trabajos de RAMOS, V., *Rafael Altamira*. Madrid, Alfaguara, 1968 (principalmente el cap. VI «Hispanismo»). PEREZ-BUSTAMENTE, C., «En el centenario de don Rafael Altamira», *Revista de Indias*, núm. 107-108, págs. 191-198; (1967). Con muy pocas adiciones es el mismo de «Altamira, americanista» que se integró en *Homenaje de la ciudad de Alicante a Rafael Altamira en el centenario de su nacimiento (1866-1966)*. Alicante, Publicaciones del Fondo Editorial del Excmo. Ayuntamiento de Alicante, 1973. MARTINEZ CACHE-RO, J. M., SELA SAMPIL, L. Y PRIETO BANCES, R., *Homenaje a Rafael Altamira en su centenario (1866-1966)*. Oviedo, Universidad de Oviedo, 1967. MALAGÓN, J. Y ZAVALA, S., *Rafael Altamira y Crevea: el historiador y el hombre*. México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1971. PALACIO, I., *Rafael Altamira: un modelo de regeneracionismo educativo*. Alicante, Publicaciones de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante, 1986.

I. «DURANTE TODA MI VIDA HE SIDO UN OPTIMISTA»⁴

Impresionado, como tantos otros, por los acontecimientos de 1898, y aún más por lo que de consecuencia inevitable para la realidad española tuvieron, Altamira se preguntaba si no era de América, con aquellos «hermanos de raza», donde España podría encontrar un camino para recuperar una identidad puesta en duda y un lugar propio en el contexto internacional.

En su vital itinerario americanista, el primer acercamiento intelectual a América se produce con la dirección de la *Revista Crítica de Historia y Literatura Española, Portuguesa e Hispanoamericanas*, entre 1895 y 1901. Aún siendo «el primer núcleo de difusión entre nosotros de la literatura amena y erudita en lengua castellana del Nuevo Mundo»⁵, hay en ella un claro predominio de criterios peninsulares, evidenciados por una condescendencia de marcada superioridad; comunes a los críticos de la época que al menos concedían en su interés un puesto a la literatura americana: Varela, Clarín o Unamuno.

El desenlace de la guerra cubana, la derrota militar y la pérdida de la últimas colonias americanas y asiáticas hizo que se replanteara la «misión de España en América», y así la propia realidad nacional. En la apertura del curso 1898-99 en la Universidad de Oviedo, con su discurso «La Universidad y el Patriotismo», Altamira sentó las primeras bases de este pensamiento, ampliado dos años después con la presentación del primer volumen sobre el tema: «Cuestiones hispano-americanas» donde presentó la visión de una «España inculta, estancada en su progreso y reaccionaria en su política»⁶. Su principal aportación fue presentar la idea de España necesitando a América para salir de tal estado, como América a España para combatir una doble amenaza: la política exterior norteamericana y la reestructuración de la sociedad americana. Esta acuciante necesidad se satisfecería mediante el reforzamiento del vínculo de la unión constituida por la lengua y la cultura; en los años anteriores, la publicación en América de una serie de obras con estos componentes evidenciaba que en aquellas repúblicas había un sentimiento análogo al

⁴ ALTAMIRA, R., Borrador para «Confesión de un vencido», *Rafael Altamira 1866-1951*. Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, 1987, pág. 223.

⁵ ALTAMIRA, R., *España en América*. Valencia, Sempere y Cía., 1908, prólogo.

⁶ ALTAMIRA, R., *Cuestiones hispano-americanas*. Madrid, Editor Rodríguez Serra, 1900, pág. 54.

existente en España⁷. La primera ocasión en que tuvieron oportunidad de reunirse los integrantes del naciente movimiento se dio en la celebración del Congreso Social y Económico Hispano-Americano reunido en Madrid en 1900, al que Altamira dedica su libro y al que presentó una ponencia⁸.

La propuesta de Altamira, exigiendo que si se quería una unión con América era necesario «no embriagarnos con las huecas burbujas de un entusiasmo que pronto se desvanece»⁹, requería fundamentar sobre sólidas bases este acercamiento. Por esto expuso su primer programa americanista, basado en tres amplios puntos de tan evidente necesidad como imposibilidad de realización¹⁰: ante la España reaccionaria, reclamaba una «franca política liberal», que devolviera la confianza de las repúblicas americanas; un reforzamiento intelectual que hiciera de España la cabeza y cantera cultural y científica de América, para lo que era necesario una reestructuración del sistema educativo español y un presupuesto considerablemente más importante; en el orden económico propugnaba un liberalismo radicalmente antiestatalista, común a las tendencias coetáneas.

Siguiendo los programas ya esbozados en 1900, y recogiendo una corriente presente en la Unión Ibero-Americana desde 1885, Altamira encabezó en 1905 una campaña de prensa en favor del establecimiento en Salamanca de una universidad de carácter hispano-americano, donde poder recibir a los estudiantes americanos que cursaban en Europa y po-

⁷ Las obras que había creado el estado de opinión en España habían sido: SAEZ PENA, R., *España y los Estados Unidos*. Buenos Aires, 1898. GÓMEZ PALACIOS, A., *La raza latina. La guerra de España*, etc. Buenos Aires, 1898. ZEBALLOS, «Hispania», *Revista de Derecho, Historia y Letras*. Buenos Aires, junio, 1900. RODO, J. E., *Ariel*. Montevideo, 1900. ARREGUINE, V., *En qué consiste la superioridad de los pueblos latinos sobre los anglosajones*. Buenos Aires, 1900. ZUMETA, C., *El continente enfermo*. Nueva York, 1900.

⁸ Sus doce proposiciones se circunscribían a los campos de la prensa (periódico hispano-americano, secciones comunes en toda la prensa de América), la enseñanza (Instituto Pedagógico «para enseñar a los españoles de ambos continentes», enseñanza superior hispano-americana, cátedras sobre países americanos, intercambio universitario) y la acción asociativa (potenciación oficial de la Unión Ibero-Americana, calendario de conferencias, periodicidad del congreso). En su conjunto, la Universidad de Oviedo presentó unas «Proposiciones», a las que había contribuido Altamira, que además llevaban la firma de Félix de Aramburu, Fermín Canella, Adolfo Buyla, Leopoldo Alas, Adolfo Posada, Rogelio Jove, Aniceto Sela y Melquiades Álvarez. *Congreso Social y Económico Hispano-Americano. Actas*. Reunido en Madrid en 1900; 2 vol. Madrid, imprenta de Hijos de M. G. Hernández, 1902.

⁹ ALTAMIRA, R., Obra citada, pág. 53.

¹⁰ Su planteamiento discursivo se encuentra en el Capítulo III, «Nuestra política americanista», de *Cuestiones hispano-americanas*.

derles otorgar una educación equiparable a la que recibirían en Alemania, Francia o Gran Bretaña. Si no eran originales el proyecto en sí, las medidas de apoyo requeridas y las anunciadas consecuencias que derivarían de la creación de la universidad, sí lo fue la fuerza y constancia de la idea, ya mantenida a lo largo de toda su vida, e incluso la virulencia con que fue rechazada la idea desde los mismos círculos académicos¹¹.

Superando el evidente desdén que trasciende en sus páginas para quienes todo lo critican sin hacer nada, en 1908 dió a la imprenta *España en América*, donde se señalaban las carencias de las relaciones hispano-americanas, se identificaban los peligros a la solidaridad de cultura y se apuntaban los medios con que España contaba para realizar una labor más positiva en América. Si bien se abundaba en la liberalización política y en las posibilidades económicas de la creación de un mercado hispano-americano, en la obra adquirieron especial énfasis otros componentes: la importancia básica de la emigración española en América y su organización asociativa; la incontrastable fuerza del idioma común, la identidad cultural y la expansión literaria; y la influencia intelectual española, de modo especial sintetizada en la universidad, a la que se concedía el carácter de generadora de opinión y moldeadora de dirigentes. Altamira, que en esos momentos gastaba muchas de sus energías en sacar adelante los programas de Extensión Universitaria, pretendía con sus medidas al menos hacer comulgar a las élites españolas y americanas cuando no pudieran ser las masas de ambas entidades.

Publicado el libro en el año del III Centenario de la Universidad de Oviedo, en su celebración nació el proyecto de realizar un viaje por distintas universidades americanas de un delegado universitario ovetense, poniendo así en práctica uno de los proyectos que se habían aprobado en el Congreso Hispano-Americano de 1900. Los prolegómenos, preparativos, incidencias, crónicas, banquetes, discursos, despedidas, opiniones y consecuencias directas del viaje fueron recogidos en el grueso volumen *Mi viaje a América*, donde Altamira presentó el cuaderno de bitácora de su periplo por Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México, Cuba, Estados Unidos (del que no aparece si no una mera referencia) y España. Salvo el capítulo VIII «En España», se encuentran más las opiniones ajenas que las del propio Altamira, no siendo las menos numerosas

¹¹ Todo lo referente a su primera campaña pro-universidad, en ALTAMIRA, R., *España en América*, Valencia, Sempere y Cia., 1908, págs. 40-53.

esas «huecas burbujas de entusiasmo» que acompañan todo lirismo, más insipido que idealista, más huerdo que utópico.

Huyendo de él, a su vuelta fundó en el Centro de Estudios Históricos el Seminario de Historia de América y Contemporánea de España, operativo hasta 1913. Actividad paralela a la aceptación de la Dirección General de Primera Enseñanza, entonces creada en el Ministerio de Instrucción Pública, en donde intentó poner en práctica la idea regeneracionista de la transformación de la sociedad por medio de la educación, influencia de su pertenencia a la Institución Libre de Enseñanza, y que él mismo en otro lugar otorga a Giner de los Ríos. Un años después se le crea la cátedra de «Historia de las Instituciones políticas y civiles de América» en la Universidad de Madrid, que ocupó hasta su jubilación —lo que le causó evidente desánimo— en 1936.

La culminación de su pensamiento americanista y de su elaboración programática la alcanzó con la publicación en 1917 de *España y el programa americanista* en el que, alejándose tanto de un arbitristo desfado como de un quietismo acomplexado, expone con precisa puntualización las necesidades —y por tanto las carencias— de España en su labor de acercamiento a América.

II. «...PRIMERAMENTE EN EL PROGRAMA, PORQUE POR AHÍ SE EMPIEZA SIEMPRE»¹²

La exposición programática del pensamiento de Altamira tiene su primera aparición, como ya se ha visto, en *Cuestiones hispano-americanas*. Una segunda exposición fue la presentada a Alfonso XIII, tras su periplo americano, animado —y sorprendido— por la repercusión que las noticias de su viaje habían tenido en España, donde fue objeto de un recibimiento sin precedentes para un profesor universitario¹³. Animado por la acogida que habían tenido sus ideas en los foros americanos y la

¹² ALTAMIRA L., Obra citada, pág. 12.

¹³ Dados los acontecimientos políticos ocurridos en España tras la salida de Altamira (intensificación de la guerra en Marruecos, revolución en Barcelona, renovación gubernamental), éste no se sorprendió de las escasas noticias que de su viaje se hacía eco la prensa española. «Con esto se comprende bien que me causara no poca sorpresa —gratísima, sin duda— las manifestaciones con que, a mi regreso, se exteriorizó un estado de opinión peninsular». Satisfacción que se vio colmada con la llamada del Rey a Palacio. ALTAMIRA, R., *Mi viaje a América*. Madrid, Librería General de Victoriano Suarez, 1971, págs. 493-499.

comunidad manifestada por la opinión pública española, presentó al Rey un programa detallado de acción hacia América; en él se manifiesta una mayor moderación en las pretensiones perseguidas y una prioridad absoluta por los medios pedagógicos y universitarios. El resumen de sus puntos sería:

1. Intercambio de profesores entre universidades españolas y americanas. Para su realización era necesario conceder un crédito especial a las universidades, vía Presupuestos Generales del Estado, para alojar, mantener y costear el viaje de los profesores.

2. Concesión de becas para el estudio en América de temas sociales, económicos y culturales por pensionados españoles. Proyecto que en parte ya había sido acometido con presupuestos de la Junta para la Ampliación de Estudios. Con el punto anterior era una ampliación de su «Proposición» al Congreso Económico y Social Hispano-Americano.

3. Creación en América de escuelas para emigrantes españoles y sus hijos. El objetivo era doble: subir el nivel de educación y preparación técnica y cultural de la colonia (para dejar de tener como máxima virtud su sufrida laboriosidad) y mantenerla fuera de un contagio de influencias foráneas que corrompieran su identidad. Desarrollo de una idea anterior presentada al Congreso de 1900: el Instituto Pedagógico.

4. Franquicia de aduanas para los envíos —no comerciales— de libros y material escolar. La modesta medida trataba de hacer desaparecer el triste espectáculo de las subastas del material enviado por universidades americanas a españolas y que éstas no podían recoger por no tener los suficientes medios para pagar las tasas exigidas.

5. Intercambio de material de enseñanza. Respuesta a la unilateral campaña anterior; el conocimiento de los manuales españoles en América se consideraba imprescindible para la recuperación, la estima y prestigio de la educación española en América.

6. Asistencia de delegados españoles a los congresos de estudiantes americanos, que por entonces comenzaban a reunirse.

7. Archivo de Indias. Sobre su revivificación y acondicionamiento, Altamira había animado a las autoridades académicas y administrativas americanas al establecimiento en Sevilla de escuelas o institutos históricos; su labor sería dar a conocer las fuentes originarias y una investigación sistemática sobre América (la idea ya había sido presentada en el IV Congreso Americanista, celebrado en Madrid en 1881). Tal medida debe vincularse a la ya nacida corriente de revisionismo histórico cuya

principal función era la definitiva denuncia de la leyenda negra y su contraargumentación.

8. Centro oficial de relaciones hispano-americanas. Primer intento de vincular la acción exterior privada a la iniciativa oficial; aunque de intención muy razonada, su visión no estaba muy articulada, pudiéndose identificar esta medida con la creación de una sección especial en el Ministerio de Estado o la definitiva oficialización de la Unión Ibero-Americana, en otro momento tenida como ejemplo (los puntos 4 y 5 de sus «Proposiciones» al Congreso de 1900).

9. Creación en la Universidad de Oviedo de una Sección Americanista. Esta sección no era identificada como un mero departamento académico universitario; su múltiple labor abarcaba desde biblioteca-hemeroteca americana, foro para conferencias, congresos y debates, oficina de envíos de material didáctico a América y centro de propaganda española hacia los países americanos.

Con este extenso y detallado programa Altamira reivindicaba para los círculos intelectuales españoles una parte muy considerable de la labor de acercamiento de España hacia América por medio de la educación y la cultura común. Debe ser señalado el abandono a toda referencia de previo cambio político interno o al papel que los intercambios comerciales podrían tener en colaterales cometidos.

¿Había evolucionado tanto España para dejar de ser esa «reaccionaria en su política» que denunciaba Altamira en 1900? Es más posible que el cambio en sus programas se debiera a su propia entrada en la política. En 1916, por designación de la Universidad de Valencia, ocupa su escaño en el Senado; vinculado a los liberales dirigidos por Romanones (aunque su labor de partido fue mínima), la elección se repitió en 1919 y 1923¹⁴.

A esta entrada en la política activa es necesario vincular la edición en 1917 de *España y el programa americanista*, con un evidente deseo de que fuera aceptado por el Partido Liberal como plataforma de su acción hacia América; «Lo fundamental es que un partido político fuerte (y gubernamental, por descontado) haga suyo en términos generales el programa americanista [...] sin vacilaciones, comenzando por preparar su

¹⁴ Significativo para este movimiento de intelectuales republicanos que pasaron a englosar las filas de partidos monárquicos es el editorial de *El País* de 24 de enero de 1916, reproduciendo el escrito de Álvaro de Albornoz: «¿Por qué se van?».

ejecución legislativa»¹⁵. De no ser aceptado, propone que la iniciativa política pase a ser consustancial al programa, sin temor de los confesados americanistas a su intervención directa¹⁶. De este modo, el programa que Altamira expone en plena guerra mundial (el segundo factor de incitación a su proclama, junto a la acogida de su viaje a América), el más extenso y pormenorizado que nunca realizara, no era un mero ejercicio de arbitrio sino unas medidas «gacetales» (de inclusión en la *Gaceta*, según su propia expresión), aunque de considerable dificultad, de posible cumplimiento.

El programa expuesto se dividía en cinco apartados:

1. *Organización central:*

a) Restablecimiento en el Ministerio de Estado de la antigua sección de América. Su potenciación se llevaría a cabo con la representación paritaria de los cuerpos diplomáticos y consulares, más la inclusión de peritos en economía y comercio americano.

b) Replanteamiento de la distribución de los consulados, premiando los países con mejor y mayor acogida de los emigrantes y más prósperas relaciones comerciales. Complementario a esta redistribución era el obligado cumplimiento de la norma que ordenaba desempeñar su tarea a todos los cónsules un tiempo en América.

c) Vigilancia de los consulados por un cuerpo específico. Dada la nacionalidad no española y el prestigio dudoso de algunos cónsules y vicecónsules, se imponía una labor tutelar sobre ellos.

d) Reforma del Instituto Diplomático y Consular. Esta dependencia del Ministerio de Estado debía, además de formar a sus funcionarios, darles la especialización adecuada al destino que van a desempeñar. Altamira reclama con especial énfasis una defensa de los «intereses coloniales» en América, por funcionarios con preparación particular al lugar donde van destinados.

¹⁵ ALTAMIRA, R., *España y el programa americanista*. Madrid, Editorial América, 1917, pág. 40.

¹⁶ «Y si no hubiera partido que se decidiera a recoger nuestro programa, sería cosa de pensar en la creación de uno de esos grupos parlamentarios que se van considerando aquí como posibles [...]. La condición neutral, apolítica, del programa americanista, la he predicado siempre, y creo que importa afirmarla; pero no es obstáculo a que un partido acoja en su programa "de gobierno" (es decir, de inmediata ejecución) ese programa». Ibidem, pág. 41.

2. *Emigración española:*

a) Reforma del Consejo Superior de Emigración, así como el cuerpo legislativo referente a la emigración (señaló el modelo italiano). Una de estas reformas era la cuestión de los reclutas españoles en América.

b) Creación de escuelas preparatorias para emigrantes, sobre todo en las áreas de fuerte emisión migratoria. A este respecto ya habían sido creadas, por iniciativa privada, en Asturias y Galicia.

c) Establecimiento en América de una red educativa paralela a la española, con automática convalidación de estudios y continuación directa en España. Las posibilidades culturales y «de españolización», con expresión muy del autor, eran claras.

d) Resolución de la condición política del emigrante. Los dos sistemas optativos eran el de conservar o poder readquirir fácilmente la nacionalidad española (pedido con insistencia por los emigrantes del cono sur), y entonces se podía considerar cual debía ser su representación parlamentaria; o se debía gestionar la adquisición del país al que se emigra (sistema alemán). La tercera vía, la doble nacionalidad, no apareció hasta los años treinta, coincidiendo con el debate de la constitución republicana.

3. *Cuestiones económicas*¹⁷:

a) Celebración de convenios comerciales. Aprovechando la oportunidad presentada por la guerra mundial, se debía establecer convenios en todos los lugares y con todas las materias posibles, no penando lo particular en espera de lo general.

b) Con la ayuda de las entidades económicas privadas, y en segundo lugar, del Estado, enviar representantes de comercio al mercado americano, donde se debían crear establecimiento de depósito con muestras y cantidades para la venta rápida de productos. Esto debía completarse con campañas publicitarias en América y unos servicios de información eficientes, así como de una reforma del crédito comercial ultramarino al ejemplo de franceses y alemanes (la plasmación más concreta de esta necesidad había sido la creación de Crédito Ibero-Americano —unión de intereses bancarios entre integrantes de las sociedades

¹⁷ La concreción del programa económico, ejemplificado con casos prácticos, se encuentra en la conferencia dada en el Ateneo Mercantil de Valencia el 12 de mayo de 1916, que no ha podido ser consultada.

Unión Ibero-Americana y Casa de América y unos intentos no fructíferos en la política americanista de Primo de Rivera).

4. *Defensa del idioma e intercambio intelectual.* Esta parte del programa era una continuidad del presentado en ocasiones anteriores.

5. *Facilidades de comunicación:*

a) Establecimiento de un servicio de paquetes postales con todos los países americanos. Complementado con él el envío directo del correo desde los puertos españoles y no desde Lisboa, como se hacía. Esto debía ir acompañado con un impulso a la construcción de líneas rápidas de ferrocarriles desde los puertos de llegada al centro, y su conexión con las redes europeas.

b) Impulso de las líneas de vapores con las repúblicas del Pacífico, por Panamá.

c) Servicio directo de libros españoles hacia América (era más rápido pedirlos a París o Londres que a Barcelona o Madrid).

d) Tendido del cable español con América.

Se unían a proposiciones anteriores, aún ampliadas y actualizadas, nuevas ideas para una potenciación de la política española hacia América: la preocupación socio-política por los emigrantes españoles (influenciado por las conclusiones del Congreso de la Emigración celebrado de Santiago de Compostela en 1908); la necesidad de una reorganización de los instrumentos operativos de la política exterior española (sobre los que aparecían constantes críticas en la publicística de la época: él es quien supera el mero reproche mediante la edificación de un organigrama que en gran parte se llevará a la práctica en el Ministerio de Estado en la segunda parte de los años veinte); potenciación de los servicios y aprovechamiento de la técnica. Aun siendo importante, la principal originalidad de Altamira fue la presentación de un cuerpo conjuntado de medidas; la aportación de un programa compacto y posible —gacetable—, fruto de extensa reflexión y profundo análisis de las carencias de la acción exterior oficial y privada española hacia América.

Sobre la acogida del programa de Altamira hablan mucho las frases de decepción sobre su inclusión en la política activa que aparecen en sus proyectadas memorias. En su mayor parte, excepto la básica referencia a la economía, fue llevada a cabo por el Gobierno de Primo de Rivera (organización central, legislación sobre emigración, política cultural, Correos), al menos de un modo teórico, dado que ni consiguió todos sus

objetivos prefijados ni fue bien recibida en América, por venir de quien y del modo en que venía. La República, que significativamente había barrido estos últimos obstáculos, no supo o no pudo entender el grueso de las demandas. Algunas de éstas, salvando las necesidades y medios presentes, aún permanecen a la espera de ser abordadas.

III. «EL REGRESO A LO MÁS HONDO Y TRONCAL DE NUESTRO ESPÍRITU»¹⁸

Se ha visto hasta ahora la dedicación de Altamira a la labor del acercamiento hacia América, su bibliografía americanista y el programa, revisado y enriquecido, para ese acercamiento. Tras ellos se debe profundizar en los conceptos propugnados por Altamira que llenaron de contenido el movimiento hispano-americanista; los consistanciales componentes consolidadores de la estructura de ese movimiento.

Para ello es necesario partir de la conyuntura socio-política en la que se genera el pensamiento altamirano; crisis del sistema canovista, crisis colonial, crisis de identidad nacional. A esto se añade que coincide con una expansión y triunfo de las naciones europeas occidentales (excepto Portugal, que aun conservando sus extensas colonias africanas, sufre una crisis equiparable a la española desde el fracaso de su política en África y su subordinación a Gran Bretaña). ¿Qué «no» tenía España para mantener la riqueza inglesa, la seguridad nacional alemana o italiana, el creciente empuje francés, a pesar de sus problemas internos? La respuesta, en primera instancia, ya se ha reproducido y de ella nació un esbozo de programa en 1898. A diferencia de las anteriores equiparaciones, en él y en los posteriores programas nunca apareció la pretensión de recuperar las antiguas colonias. Al contrario, su respuesta fue el fortalecimiento de la educación y la economía y la liberalización de la política nacional.

No como historiador, pero sí ayudado por esa dimensión, Altamira veía a España en un reflejo de su pasado. Miraba hacia atrás, no para comprender y explicar el presente, sino para transformarlo; no censu-

¹⁸ ALTAMIRA, R., *La política de España en América*, obra citada, pág. 75.

rando todo lo que se hizo mal, si no señalando lo que dejó de hacerse bien o nunca llegó a realizarse habiendo sido posible ¹⁹.

Sobre el presente se extendía la incomprensión; Altamira estudió el pasado para analizar su propio tiempo, dejó de lado la estructura de clases (conceptualización conocida, pero no utilizada) que la Restauración había producido. Empujado por el regeneracionismo que promueve la moralización de las clases dirigentes ²⁰ (en un híbrido enfrentamiento entre el «elitismo paternalista», heredado de la Institución Libre de Enseñanza, y el populismo de la Extensión Universitaria ovetense), fue incapaz de un análisis crítico de las bases socio económicas sobre las que se sostenían esa clase dirigente; la inmovilidad de ésta, que él mismo llegó a calificar de reaccionaria, no fue causa que le condujera al análisis requerido, si no que la remitió a la «psicología de la clase dirigente», que era necesario reeducar en la tolerancia y la moral. Al mismo tiempo, Altamira tampoco estima la creciente importancia social de la clase obrera (ignorancia que con los años dio paso al temor), llevado por la primitiva división burguesa de la sociedad entre élites y masas. Sí se planteó las relaciones entre ambas entidades sociales, llevado primero por un deber ético y después por un deseo de evitar un enfrentamiento que temía. Su solución se encuadró dentro de la corriente regeneracionista educativa —donde además ocupa uno de los puestos más progresistas—, en el desempeño del paternalismo elitista de transformación de la clase obrera (promovida y conducida por un sector externo a ella) por medio de la educación ²¹.

¿De qué modo incide en el movimiento hispano-americanista esta toma de posición? Desde América, el planteamiento del americanismo español en general y de Altamira en particular tiene una acogida necesariamente positiva. Lejos de reafirmar la imagen caricaturesca que la mayoría de sus connacionales tenían de las repúblicas americanas, el profesor las conoce y en muchos casos su admiración era evidente: te-

¹⁹ «La España "nueva" es la que queriendo, cada día más, vivir las formas nuevas y el espíritu moderno, sabe que puede utilizar con provecho muchas de las creaciones de su actividad colectiva en tiempos pasados, y que "en eso", la mayor fuerza consiste en no romper la tradición, que hace del pueblo algo estable y con personalidad definida.» ALTAMIRA, R., *España y el programa americanista*; obra citada, pág. 140.

²⁰ TUÑÓN DE LARA, M., *Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1974.

²¹ «El cuerpo social está inerte, o poco menos [...] El impulso, en esto, ha de venir de arriba, y no sólo con excitaciones, sino con hechos. [...] Hay que convertir lo que hoy es patrimonio de una minoría exigua en opinión de la masa activa de cada país.» ALTAMIRA, R., *Congreso Económico y Social Hispano-Americano*. Actas. Obra citada, tomo II, pág. 30.

nían un desarrollo parejo, si no superior, al de España. Su problema social, que por algunos autores había sido desestimado por no encontrarse en América el sistema de «explotación materialista», se presenta en todas sus dimensiones a partir de la coyuntura finisecular americana, el traspaso de la regeneración modernizadora a los radicalismos con una creciente inversión extranjera.

Para Altamira, ese mirar atrás conduce a fijar la atención sobre América como continuadora y fortalecedora de España. Era imposible pensar España sin su obra y su dimensión americana y era mediante una recuperación de la intimidad con el continente que podía tener un peso propio en el contexto internacional: «Es la última carta que nos queda por jugar en la dudosa partida de nuestro porvenir en el grupo humano, y ese juego no admite esperar»²².

Para comprender su posición al respecto es necesario señalar la publicación en 1902 (escrito según propia declaración entre 1898 y 1900) de su *Psicología del pueblo español*, donde aparecía un regeneracionismo reformista que trataba de «formular las líneas generales de nuestro carácter y determinar, quizás, lo que es en él verdaderamente fundamental, a diferencia de lo transitorio y fortuito»²³, resuelto con la afirmación de un principio idealista del «carácter nacional», apoyado en una metodología académica-positivista; esta cuadratura del círculo fue resuelta con la variación mistificada de ese idealismo en la seguridad incuestionable de la existencia de un espíritu nacional; donde aparecía asumida la máxima bíblica heredada de su maestro Giner: *Regnum divisum, desolabitur*. Este planteamiento tuvo acogida en América de la mano de intelectuales positivistas como Manuel A. Bermúdez o Justo Sierra.

Su imbricación con la prolongación americana y al mismo tiempo su más puntual definición de «qué cosa sea lo español», la dio en una

²² ALTAMIRA, R., *España en América*, obra citada, pág. 39.

²³ ALTAMIRA, R., *Psicología del pueblo español*. Madrid, Editorial Doncel, 1976 (3.ª edición). Para un brillante estudio sobre esta obra, ver la segunda parte de ORTÍ, Alfonso: «Regeneracionismo e historiografía: el mito del carácter nacional en la obra de Rafael Altamira», en ARBEROLA, Armando, *Estudios sobre Rafael Altamira*, obra citada, págs. 275-351. Es necesario vincular la obra de Altamira a la historiografía liberal, originada por la triunfante burguesía, instauradora del concepto de *nación* como sujeto colectivo de proceso histórico; pero la identificación *nación-España* en un proceso de «religación» (tomando el concepto de Zubiri) «nacionalista», en su obra se amplía a «civilización española»: lo que de español (que para él es lo esencial) tiene la sociedad americana; en ello emplea la definición ficticia de nación como comunidad de cultura. Es esta asunción lo que dio lugar a la idea de «misión» española en América.

conferencia en 1926 —despojado considerablemente de su seguimiento a Fichte y de Herder—:

«Lo «español» hállase constituido para nosotros de dos partes: una, formada por cosas que no se definen, que se sienten; que son inefables, que sólo perciben los espíritus preparados originalmente para ello, pero escapan fácilmente a quienes proceden de campos muy lejanos y diferentes del nuestro: cosas, en fin, que tocan a la sentimentalidad de nuestro país y de nuestra vida...

«[Las segundas] Son las representadas por nuestros ideales colectivos, que hemos incubado y predicado a través de los siglos, y por los grandes hechos que hemos realizado en nuestra historia»²⁴.

Fueron dos los componentes básicos que Altamira expuso para la identificación de esa constitución de lo español-americano: la común historia y el idioma común, para españoles y americanos²⁵.

III.A «La comunidad de idioma»²⁶

Decía el ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide —siendo ministro de Relaciones Exteriores en 1930— que «la lengua es el símbolo vivo, el alma misma de la raza». La importancia de la lengua como formadora de grupo humano deviene a Altamira de su influencia por Fichte, si bien ya desde el prólogo a *Discursos a la Nación alemana* se apartó y criticó los excesos hipernacionalistas del alemán; la defensa de la identidad nacio-

²⁴ Conferencia pronunciada el 20 de diciembre de 1926 en el Centro de Intercambio Intelectual Germano-Español, publicada con el título *Cómo concibo yo la finalidad de Hispanoamericanismo*. Madrid, Blass, S.A. Tip., 1927, págs. 8-10.

²⁵ «De aquí que no pueda haber mejor lección de españolismo que la emanada de nuestros grandes escritores, si no la que procede de nuestra historia». ALTAMIRA, R., *La política de España en América*, obra citada, pág. 74. Tal idea estaba presente en todos los escritores hispano-americanos, al proceder de la misma esencia de la historiografía nacionalista en su pretensión de equiparar, si no confundir, pueblo, nación y Estado. Una de las primeras manifestaciones concretas se encuentra ya a mediados del siglo XIX, en la famosa cita de Borrego:

«La personalidad de los pueblos, a la que los escritores modernos apellida nacionalidad, la constituye la raza la lengua y la historia, y donde quiera que estos tres vínculos unan a los hombres, el separarlos es una obra violenta y antiprovidencial».

BORREGO, Andrés, *De la situación y los intereses de España en el movimiento reformador de Europa*. Madrid, 1841, pág. 133.

²⁶ ALTAMIRA, R., *La política de España en América*, obra citada, pág. 75.

nal, mantuvo el traductor, no supone llegar al extremo de formular una teoría de superioridad racial por ningún pueblo.

Su postura se encuadra dentro de una abundante publicística hispano-americana que desde principios de siglo estructuró un movimiento de defensa del castellano, identificándolo siempre como una de las bases sostenedoras de unión de cultura entre España y América. Los peligros que se denunciaban eran numerosos (en algunos autores con matizaciones al punto pedantes, incluso en contraste con la bendecida pomposidad verborreica de la época), pueden dividirse en tres grupos:

1. La influencia corruptora del exterior: la preponderancia de la cultura francesa entre las élites intelectuales americanas y la presión creciente de la economía norteamericana hacia temer por la permanencia del castellano como lengua «para todos». Esto se acentuaba con las denuncias constantes por la usencia de trabajos originales o, en su defecto, traducciones de los campos de investigación²⁷.

2. La pretensión del particularismo nacionalista americano: la independencia política fue acompañada por un movimiento particularista, con pretensión de emancipar idiomáticamente cada una de las repúblicas con la creación del idioma nacional²⁸. Aunque persistente, nunca llegó a significar un verdadero peligro, más sostenido por la preocupación de sus detractores que por las campañas de sus defensores. La oportuna apertura de la Real Academia de la Lengua hacia América, así como la permisiva postura adoptada por intelectuales españoles redujo esta causa a su natural dimensión.

3. Falta de infraestructura educativa: deficiencia de una red de instituciones suficientes para educar la inmensa población aún ajena a toda instrucción.

Fue este tercer peligro el que con más fuerza denunciara Altamira, incorporada a su dimensión pedagógica y a su eminente labor en la Dirección General de Primera Enseñanza, aunque de pobres resultados por la falta gubernamental de un verdadero espíritu creativo. El contraste

²⁷ La primera exposición sistemática de este peligro se llevó a cabo por la Sección Quinta de 1900; de las medidas propuestas, en la línea de las ideas de Altamira, ver las conclusiones de esta sección en págs. 415-449, tomo I, del *Congreso Económico y Social Hispano-Americano*. *Actas*, obra citada.

²⁸ Uno de los más contundentes ataques contra el particularismo elevado a la categoría de lengua se encuentra en CAPDEVILA, Arturo, *Babel y el castellano*. Madrid, Cía. Ibero-Americana de Publicaciones, [1928]. En España, fue Unamuno un gran defensor del particularismo idiomático: véase «Contra el purismo», *Revista Nueva*, núm. 8. Madrid (1899).

con otros defensores del idioma fue palpable cuando demandó, ridiculizando a los apologetas de la alta cultura, más dinero para educación y menos para gestos vacíos²⁹.

Esta tarea adquiría especial importancia cuando era dirigida a los españoles emigrantes, aún en países hispanohablantes, como ya se ha visto en los puntos de su programa. A tal fin, e independientemente de la necesaria ayuda pública, Altamira potenció la fundación de la Liga Cervantina Universal, con una dedicación «relativa a la educación técnica o profesional de nuestros emigrantes, al culto de la pureza de nuestro idioma y a la difusión constante de nuestra literatura amena y científica de los tiempos pasados y presentes»³⁰.

III.B. «La continuidad y permanencia de la civilización»³¹

La historia común era la segunda causa en la que Altamira fundamentaba la unión de España y América. No es este el lugar para profundizar en las ricas reflexiones altamiranas sobre los conceptos y enseñanzas de la historia y su aportación a la historiografía europea, si no introducir la importancia que le otorgaba a la historia como formadora de comunidad, en este caso la hispano-americana. Para ello era «condición inicial para escribir la Historia de América» (título de un párrafo de *La huella de España en América*) volver a las fuentes, retrotraerse a los orígenes del contacto entre dos culturas distintas y el estudiar su evolución hasta el nacimiento de una nueva; se debían utilizar los documentos y testimonios de primera mano y no composiciones posteriores cargadas de intención, ya fuera hagiográfica o denigrante. Es aquí donde adquiere explicación su insistencia en el mejoramiento y mayor utilización del Archivo de Indias en Sevilla, o el de Simancas; así como la sugerencia de establecer colegios americanos de investigación en estas ciudades.

Las finalidades de esta toma de posición pueden concretarse en:

²⁹ «Nuestro idioma, y, por tanto, en lo que de éste depende, el sello de nuestra civilización hispana, no se salvarán del mundo con multiplicar y mejorar las ediciones del *Quijote* y elevar a escena (no sé si como drama o como opereta) el argumento de la inmortal obra cervantina; [...] en lo que hay que gastarlo principalmente es en escuelas y colegios españoles, estableciéndolos por todas partes». ALTAMIRA, R., *España y el programa americanista*; Obra citada, pág. 44.

³⁰ ALTAMIRA, R., «Proclama a la opinión hispano-americana», *ibidem*, pág. 49.

³¹ ALTAMIRA, R., *Filosofía de la Historia y teoría de la civilización*. Madrid, 1915.

1. Conseguir que el español se reencontrara con su propia historia, haciéndole consciente de hechos y razones, defectos y cualidades, la aportación de España a la civilización universal.

2. Demostración de que las soluciones tomadas del pasado para problemas del presente habían fracasado; así se contrapesaba el reforzamiento nacionalista con una prevención al arcaísmo y resurrección de héroes ya inútiles.

3. Sólo con una investigación rigurosa sobre el pasado, principalmente colonial, se podía combatir la aversión americana al pasado común con España. Altamira asumió y denunció los graves fallos del sistema colonial, siempre buscando sus razones, pero mantuvo en su mediada todo lo que de positivo y progresivo conllevó el período tricentenario colonial.

Altamira se encuentra encuadrado, sin ser consciente de ello, en lo que él llamó «propaganda de rectificación histórica colonial». Las bases conceptuales de la historiografía nacionalista que la sostenían, a muy grandes rasgos, eran éstas: la conquista había sido necesaria y positiva para la civilización; se asumían los atropellos, ya que, a pesar de las leyes protectoras, había habido algunos desmanes, pero se achacaban a la naturaleza humana, no al gobierno; también se reconocía el evidente despojo de metales preciosos del continente, pero se argumentaba con la idea de España como transportadora, enriquecedora de Europa. Resumiendo: con el derecho de conquista, se exportaba civilización e importaba metálico.

Encuadrado en estos parámetros heredados de la segunda parte del siglo XIX (en pleno expansionismo inglés y francés, seguidos del alemán y japonés), Altamira los fundamentará con un mayor apoyo en fuentes y, manteniendo siempre los ejemplos prácticos que se realizaban mientras escribía, *presentar en contraste el período colonial como fundador de comunidad, más humanitario, progresivo, civilizado, antimaterialista y protector de los contemporáneos.*

La colonización española en América la presentó como un hecho de Estado, reflexivo y metodizado; no sólo de conquista, sino de colonización política y económica, con una selección del personal emigrante (razón de las prohibiciones); principios económicos basados en el sistema mercantil de la sobreestimación de los metales preciosos y el exclusivismo comercial a beneficio de la metrópoli; civilización de la colonia: legislación protectora de los indígenas, social y espiritualmente; su debi-

lidad residió en el egoísmo individual y la inevitable ineficacia absoluta de la inspección a causa de la extensión geográfica y humana ³².

Altamira fue uno de los principales potenciadores del hispano-americanismo. No prestó especial atención a la conceptualización del movimiento, dejando sin definir conceptos como raza o unión-federación que él mismo utilizara; ni puntualizó el papel que pensaba debían jugar en la comunidad hispano-americana los temas de la religión y la presencia norteamericana ³³, muy presente en otros pensadores coetáneos. Su principal aportación fue un trabajo práctico de acercamiento cultural y la plasmación de un programa de actuación para la potenciación del americanismo; se basaba principalmente en política cultural, con especial incidencia en el mundo universitario, pero también en la política diplomática, el comercio y la atención a la emigración española en América.

³² ALTAMIRA, R., «Resultados generales en el estudio de la historia colonial americana. Criterio histórico resultante», XXI Congrès International des Americanistes, 12-14 août, 1924, *La huella de España en América*. Madrid, Editorial Reus, 1924.

³³ Por obvias razones, la religión no fue un tema del que se preocupara; pero sí sorprende que no dedicara ningún tiempo a analizar la importancia del común catolicismo, como lo hicieron la mayoría de los publicistas del americanismo, incluso los declaradamente contrarios a su influencia (Ugarte, Armiñán, Vasconcelos, etc.). Sobre la presencia norteamericana, su más puntual referencia fue una conferencia pronunciada en 1916 y que denota la importancia que tuvo la guerra mundial en el cambio de actitud del liberalismo español, a partir de entonces, progresivamente colaboracionista con USA en América. ALTAMIRA, R., *Cuestiones internacionales: España, América y los Estados Unidos*. Madrid, Tip. Jaime Rátés, 1916.